

ENS LA AFROJESKA

1919

En la atmósfera

La vida es el susto de un sueño.

Macedonio Fernández

En la atmósfera

La vida es el susto de un sueño.

Macedonio Fernández

Ahí te dejan, dando vueltas en el jardín amurallado. Y cuidado con salir, los ríos serranos en verano son terribles. Además del peligro permanente de ahogarse están las crecientes imprevistas. Uno apenas ha dejado de oír la trepidación que deja en la tierra la cabalgata que se va, cuando ya está solo dando vueltas por senderos que siempre terminan contra las paredes limitativas. Así la familia puede veranear tranquila, no hay peligro de que los chicos se ahoguen en el río. Pero antes de irse han hablado con la vecina que te vigilará de vez en cuando. Entonces viene la Tula. Ella te cuida y es más cierta que todo; produce placer y alegría. En realidad se trata de un permiso especial para jugar con ella. Es el premio si uno no se escapa. Y tras ella llegan otras formas vivientes; todos amurallados bajo nubes y lloviznas. Maqueta, utilería, puro cartón pintado. La obra ha comenzado, mejor dicho está por terminar, y ya nadie puede modificar el argumento. Estamos en la atmósfera, que obliga a existir o a resistir a plantas o animales.

Ellos son las caras extrañas que aparecen cuando se va la cabalgata, los maestros desconocidos que a su capricho te harán un hombre, es decir, un adulto, esa fijación compulsiva, ese tomar la vida a la tremenda, por qué no poder quedarse en los diez años o en el sueño por ejemplo. Y antes de que uno pueda presentir esa posibilidad aparecen la Tula el señor Palcos la Tununa el señor Hidalgo las Pecosas y Gretchen, cada uno con su cara para siempre, aparecen las sanguijuelas llamadas choncacos que se pegan en las piernas cuando uno cruza el río, o uno se pega a ellos, quién lo sabe. Cualquier cosa es posible cuando se han ido todos en una cabalgata y te han dejado solo en una casa grande, todo es posible a la hora de la siesta solo con Tula en una casa sola.

Ellos estaban ahí cuando uno iba entrando como podía en esa epifanía delirante que Tununa llamaba "la vida". No sé si debo decir "delirante" así, tan a la ligera, pero es algo como eso. Lo que pasa es que hoy me levanté con ideas turbias, llueve en Madrid como en un tango, por la ventana de esta bohardilla se cuelan las gotas como gatos friolentos, y hurgando hurgando me doy cuenta de que me los he traído aquí a todos ellos.

Hay demasiado choncaco en los ríos de la Córdoba de allá. Si uno al cruzarlo se demora más de lo debido se pegan en las piernas. No duelen:

tienen una baba que adormece la piel. Cuando uno llega a la otra orilla se da cuenta pero tarde, ya están metidos en la carne. Y es difícil sacarlos; se rompen, siempre queda una mitad adentro. Hurgando hurgando los encuentro en Madrid, absurdos como la mayoría de los objetos que trajimos de allá, inútiles aquí. Absurdos como la palabra choncaco, que suena como a destiempo.

Ellos estaban allí, definitivos y puntuales, cuando se fue la cabalgata y empezó todo esto. A ver entonces si recordando la entrada en la atmósfera uno puede entender algo de algo en el parque cerrado, lo absurdo de un jardín amurallado y las lejanas cabalgatas y el río donde es posible ahogarse. Jugando con la Tula uno se distrae aunque las murallas no se muevan. Cosa importante entonces poder comprender algo de este barullo en medio de un estruendo. Después de todo es razonable que estén aquí conmigo: Madrid bajo la lluvia se parece a un jardín amurallado. Alguien habló con la vecina y entonces la Tula apareció otra vez con todos los demás, la familia puede veranear tranquila, no hay peligro de que uno se ahogue en estos otros ríos.

Entrar en la atmósfera es cruzar todos los días un puente de madera sobre un río espasmódico inventado por las crecientes, irse por la calle de tierra y al final encontrarse con Tununa. Muchacho, hay que ganarse la vida. Tus obligaciones son limpiar barrer matar las moscas y armar cajas de cartón en ese sótano para guardar las frascos de dulces y jaleas porque así es la vida, dijo Tununa sin pausas en medio del salón de ventas. Néctares y dulces de todo tipo para los miles de turistas que llegaban de Buenos Aires todos los veranos, alquilaban caballos y compraban dulces y alfajores regionales que enviaban por correo a la metrópoli. Y al año siguiente uno iba cruzando el mismo puente pero ya no había río, cambiaba de curso con las crecientes. La gente seguía usando por costumbre puentes solitarios, hasta que, podridos, se caían.

En ese lugar había dos posibilidades de sobrevivir: fabricar dulces o tener muchos caballos para alquilar a los turistas que inventaron ese pueblo. Lo inventaban para el verano y se iban cuando llegaban los primeros fríos. Nosotros no teníamos fábricas de dulces ni caballos, pero podíamos vivir cerca o alrededor de esas cosas levantando cosechas o matando moscas. Las Pecosas envolvían frascos en el mostrador, ponían

alfajores en las cajas de cartón que yo armaba en el sótano, suspiraban cuando el cliente era el actor Roberto Airaldi. Yo le llevaba los paquetes al coche, tomá pibe la propina. Ay, me duele el corazón, en letras de vals decían las Pecosas, y Tununa se reía; para ella Roberto Airaldi era un cliente como cualquier otro. Claro, ella tenía al señor Palcos, que los sábados venía de Córdoba y la amaba. Las Pecosas no tenían a nadie, iban solas al cine y leían revistas de besos y suspiros.

Al llegar cada invierno los portefios se iban como para siempre, enseguida el río cambiaba de curso y entonces los puentes para qué. Pronto empezaba a nevar y los albañiles a salir de sus chozas. Apilaban ladrillos bajo la nieve, construían más hoteles para más turistas y nuevos puentes sobre el río arisco. Nieva sobre los albañiles y los altavoces en lo alto de los postes del alumbrado, como nidos de pájaros extraños, donde los tangos hablan de la vida. Apenas aparece la nieve, Tununa se planta en medio del salón de ventas del negocio y nos llama a todos. Gretchen abandona su sitio junto a la caja registradora, las Pecosas salen de detrás del mostrador, y yo que vengo del sótano. Mis queridos, dice Tununa con esa voz que tiene los sábados que no viene el señor Palcos, ya sabemos mis queridos lo que pasa cuando llega el invierno: o aceptamos trabajar por medio sueldo o todos a la calle, son órdenes del señor Hidalgo créanme, en estos meses el turismo es casi nulo.

Entonces todo un invierno para limpiar lo limpio, aplastar moscas inexistentes, mover los frascos, llevarlos a otra vitrina y después ponerlos otra vez donde estaban antes; Gretchen desde la Caja mirando hacia afuera, viendo nevar o llover inconciente de su hermosura, las Pecosas en su mostrador envasando caramelos, Tununa en su habitación haciéndose los rulos para el sábado que pertenece íntegramente al señor Palcos. De vez en cuando aparece la Tula, sacude su cabello como si estuviese mojado, compra un frasco de guindas en almíbar, ondula cuando sale. Uno no sabía nada, iba como llevado por un vuelo ajeno a uno y de pronto se daba con un puente sin río, todo oscuro, tocaba tierra rozando el cuerpo de la Tula y la voz que tenía Tununa cuando el señor Palcos no llegaba y ya era domingo y nunca más, así es la vida decía ella entonces desvestiéndose para dormir sola, quitándose el vestido lleno de flores y de avispas.

Pero yo acabo de llegar, estoy cruzando el puente que me lleva hacia

la calle de tierra, hacia el salón de ventas, hacia el sótano, hacia Roberto Airaldi y los albañiles y la Tula que ondula ante mis ojos sacudiendo su pelo humedecido. Estoy cruzando el puente, entrando en el pueblo, recién llego, nadie me recibe ni me espera, me dejan solo en el puente en el sótano, en la vidriera a matar moscas que no toquen los dulces, ya aprenderás y sabrás lo que es la vida, los tangos en los altavoces hablan de la vida mientras toco tierra sobre el puente. El pueblo es un gran jardín amurallado, hay que limpiar matar las moscas, en una de éstas la Tula puede ser tu recompensa dice Tununa pintándose los labios, la estás mirando con gula pobrecito, a lo mejor ella también te mira alguna vez así, te cuida en el jardín amurallado mientras vuelve la cabalgata, si es que vuelve. Entonces no hay ningún peligro de que te ahogues en el río, ella tratará de convencerte de que al fin y al cabo no es tan absurdo estar en el jardín cerrado, pobrecito mi querido.

Desde el Madrid amurallado oigo que se va la cabalgata. Dentro de mi valija el señor Hidalgo llega una vez por semana en coches largos inspeccionando todo, cuenta los frascos de dulce a ver si falta alguno, los postres deslumbrantes y uno por uno los caramelos el señor Hidalgo, su prolija cabeza peinada a la gomina, un Gardel sin sonrisa y con bigotitos hieráticos está contando los alfajores y me mira acusador, aquí está faltando un alfajor de dulce de leche dice el señor Hidalgo.

Cuando él llega yo tengo que salir corriendo para el sótano y armar cajas de cartón a gran velocidad. Todo en su sitio para no encolerizar al señor Hidalgo que hacía temblar a las vendedoras en los mostradores. Las Pecosas nunca lo miraron a los ojos. Bajaban la cabeza nerviosas, envolvían rápidamente los paquetes demostrando eficiencia, esos dedos tan pálidos se les enredaban en los hilos, movían los labios como rezando un padrenuestro. Tununa en cambio tan segura le entregaba las facturas y el dinero, y él tan contento y bien peinado, salvo aquella vez que se despeinó en el sótano y gritaba desesperado pidiendo un peine dando gritos y dentelladas feroces. Yo salgo corriendo al quiosco de la esquina a comprar uno, Tununa se lo entrega sírvase señor Hidalgo, él se peina y después sale otra vez lamido, la cara colorada de rabia, y hace arrancar sus coches, se va por la calle de tierra levantando polvo.

En la valija estaba despeinado, las clinas le caían en la frente. De tanto mover las maletas en Ezeiza y después en Barajas se había despeinado

el señor Hidalgo. En cambio el señor Palcos estaba dignísimo con sus dedos repletos de anillos y sus prendedores de corbatas con diamantes o algo muy parecido, el cuello duro casi palomita, sus inextinguibles perfumes. Entonces vuelco el contenido de la valija y con los cepillos de dientes, los papeles inútiles, escondidos entre ellos caen amojosados los albañiles construyendo los puentes los hoteles bajo la nevisca, caen los altavoces con sus tangos y sus besos, veo la montaña al fondo de la avenida principal y los turistas que huyen a caballo, el rumor del río olvidando puentes, se pudren sus maderas, crujen y se caen para siempre mientras los albañiles azules manos ásperas salen de sus chozas a la nieve, Roberto Airaldi me sonríe desde la etiqueta de un frasco de mermelada, porque así estaban las cosas el día que llegué a este mundo o a esta vida como diría Tununa, tangos en los altavoces y cabello ondulante de la Tula, en los montes piquillín chañar y peperina, son aromas que se mezclan con los perfumes del señor Palcos y perduran pese al cruce del océano.

EL SEÑOR HIDALGO

Las primeras experiencias parecen un examen, pero más bien están pensadas para matarte en busca del más apto. Si uno logra salvarse ha aprobado y tiene derecho a quedarse en el jardín absurdo. Yo venía de un presentimiento que me permitía la posesión rápida de todo, uno puede tener cualquier cosa si la convierte en sueño. Pero la Tula y todo lo demás eran demasiado real, inmodificables. En la atmósfera el sueño no existía, solamente se podía estar en ella, no tenerla. Matando moscas en el escaparate o en el sótano armando cajas. Arriba las vendedoras miran la llovizna o suspiran leyendo las revistas de amor donde cienientas olvidadas tienen su sueño de una sola noche con un príncipe que se las lleva a su tierra a su delicia, aunque Roberto Airaldi apenas mire a las Pecosas, apenas diga gracias mostrando dientes de oro cuando ellas le entregan los paquetes adornados con moñitos, él se marcha a Buenos Aires a Rotterdam a Hollywood y quién sabe si regresará el próximo verano. Ellas

apoyadas en el mostrador íntegramente de cristal miran caer la lluvia sobre albañiles helados que regresan a sus chozas alumbradas con velas. En la Caja está la rusita o la polaca o algo parecido: Gretchen. Ella no puede pronunciar las eres, usa vestidos ajustados, no oculta su cuerpo como las Pecosas que son feas. Gretchen no suspira ni lee revistas de besos. Para ella Roberto Airaldi es como cualquier negrito del pueblo, sólo que bien trajeado y con dentadura de oro.

Al parecer nadie puede hacer aquí inmediatamente lo que quiere. Ni siquiera el señor Hidalgo. Peinado a la gomina entra enérgicamente por la puerta principal. Hemos oído antes el ruido de sus siete coches, que son uno solo pero enorme, así que estamos todos en posición correcta, cada uno en su sitio. Las Pecosas han tenido tiempo de sacar los cisnes de sus cajitas redondas y se empolvan más la cara, hay pecas que desaparecen como hundiéndose en el agua. Yo corro a buscar el matamoscas y me instalo junto a la vidriera, doy un golpe contra el cristal casi invisible de tan limpio que luce, cuando me mira el señor Hidalgo como si yo fuese una enorme mosca que maté el año pasado. Las Pecosas esconden bajo el mostrador revistas y suspiros, Gretchen recuenta el dinero de la Caja, Tununa en su escritorio está sacando cuentas seguramente ya resueltas.

Y todo es absurdo como matar una mosca inexistente. A lo mejor al llegar me equivoqué de pueblo, o de personas, indudablemente todo eso estaba pasando en otro lugar. El señor Hidalgo saluda solamente a la señora Tununa y enseguida se pone a contar postres, dulces y alfajores. Después mira los papeles abiertos sobre el escritorio, suelta palabras que no alcanzan a ser nada, ruido solamente. Si ve que falta algo gira hacia mí su enorme cabeza de huevo de Pascua y me clava unos ojos directamente asesinos, me obliga a pensar que sí lo que Tununa llama la vida es como él, la cosa pinta mal y ya sabemos que no es sueño. La cara del señor Hidalgo es un huevo caliente mirándome, fijándome contra los vidrios, y yo con la palmeta quieta en una mano sin saber qué hacer y sin tener ni moscas ni palabras.

Menos mal que cuando acaba la inspección se dulcifica el huevo: clara batida con azúcar a punto de nieve es la cara del señor Hidalgo para mirar a Gretchen. La voz que utiliza para dirigirse a ella es más dulce que sus dulces, empalagoso almíbar, papel untado pegamoscas su voz de caramelo. Y Gretchen siempre retrocediendo, esquivando sus caricias, pero él dispone de

varias manos para tocarla en tantas partes, quitarle pelusas del pulóver y miguitas del pelo, la sigue la arrinconada cerca de las columnas. Si yo estoy ahí me hace una seña me clava sus faroles. Y si no entiendo la seña "al sótano" me dice el huevo y yo salgo corriendo escaleras abajo con el matamoscas en la mano. Pero sí, arrinconando o empujando a Gretchen baja los escalones y se la lleva para el sótano y yo estoy allí armando cajas, el señor Hidalgo gira su huevo su cabeza de retrato ovalado, me dice "arriba", y salgo corriendo con la caja de cartón a medio armar. Yo no debo estar nunca demasiado cerca del señor Hidalgo. Apenas me ve y comprueba que mi presencia coincide con la planilla de asistencia, tengo que desaparecer, cuando él llega y ya me ha mirado todo el mundo sabe que tengo que irme inmediatamente al sótano.

No, yo no he robado ningún postre, no me comí ningún alfajor, pero el señor Hidalgo lleva mucho tiempo en este pueblo en este mundo, es grande es hombre y sabe cosas que yo ignoro. A lo mejor no tengo que estar aquí, vine en lugar de otro, me adelanté en la cola o algo así, he llegado a destiempo, porque si no el señor Hidalgo no existiría. Si hubiera hecho el viaje en el turno correspondiente me habría encontrado con otros seres, míos, mis hermanos. Por eso pensaba siempre, en el sótano, que el señor Hidalgo y todo lo que estaba rodeándolo le correspondía a otro, no a mí. Al otro, esta realidad le hubiera parecido normal. A mí no. Es muy duro el examen. Si fuera un sueño, lo abandonaba. Pero el sueño se acabó cuando se fue la cabalgata, y esto es muy distinto. No sólo no puede modificarse: tampoco se lo puede abandonar, porque te matan, te suplantán por otro, y aun así no te abandonan como te abandona un sueño. Están ahí siempre para ver si uno aguanta.

Entonces empiezo a desear con mucha fuerza ser el señor Palcos que llega desde Córdoba y se posesiona no sólo de Tununa, sino también del establecimiento, y por qué no del señor Hidalgo. Pero me faltan fuerzas, se me doblan las piernas. Ya sé que no se puede abandonar, pero mejor me caigo muerto, así de paso puede venir el otro, él encontrará familiar la cara de huevo del señor Hidalgo, quien incluso le ofrecerá sus postres y sus dulces. "¿Por qué no comes cuando lo deseas? Me ofende que no toques mis alfajores y mis mermeladas". Me caigo muerto ahora mismo y se acabó. Y que el señor Hidalgo me remate con la palmeta matamoscas. Nos equivocamos de chico, dice, y ordena que me barran y lleven la basura al sótano. Pero

gracias a Dios aparece Gretchen y me salva. Gracias a ella y con lo justo puedo aprobar el examen y quedarme. De lo contrario sería otro el que estuviese tratando de contar esta historia. Otro, el verdadero. No yo.

Me salva Gretchen en el día más intolerable del señor Hidalgo. El me ha borrado con su mirada y salgo para el sótano. Menos mal, porque ya no podía aguantar la dureza y el brillo de su pelo. Más que un peinado era una condecoración, un yelmo negro que brillaba deteniendo al sol, ni siquiera aire había alrededor de su cabeza sin fronteras. Ese día el señor Hidalgo dueño de caballos de dulces y albañiles y de los incontrolables sueños de las Pecosas, tenía más manos que otras veces. Detrás de cajas armadas y apiladas en los rincones del salón de ventas, sus manos buscaban migas y pelusas en la ropa de Gretchen. El salón no le alcanza y se la lleva para el sótano. "Arriba", me dice el huevo y yo corro hacia el salón con mi matamoscas. Ya han terminado de bajar los escalones y en el sótano ella no podrá escapar, no hay rincones ni nada, por el tragaluz podría pasar una persona pero la escalera está en otra parte pobre Gretchen. "Por favor", llega desde abajo su voz sin eres, y algo muy duro que dice el señor Hidalgo pero que no entiendo. Me da miedo, mejor me caigo muerto aquí mismo y que me busquen a ver si pueden encontrarme. Era la pregunta más difícil del examen y yo no tenía la respuesta, no tenía palabras, ni siquiera podía decir "no lo sé".

Entonces oigo el tremendo *plaf*, la cachetada. Corro para ayudar a Gretchen buscando una palabra que la salve, pero ella ya viene subiendo los escalones, salvándome del señor Hidalgo. Alcanzo a ver una cosa al final de la escalera: la mitad de la cara de huevo de Hidalgo está roja por la cachetada y todo él es un desastre que se envuelve en sí mismo y no termina nunca de ser ese desastre, todo él un montón de pelos negros que se orientan hacia cualquier parte, un amasijo de ramas con espinas, un montón de yuyos secos y de bosta la cabeza del señor Hidalgo.

El ve que lo estoy mirando, y entre sus pelos casi muertos veo fulgurar sus ojos, abrirse su boca que me grita a dentelladas. "¡Un peine! ¡un peine hijos de puta!", dicen entre los pelos derrumbados los dientes del señor Hidalgo. Entonces me veo correr como un loco hacia el quiosco de la esquina. ¡Un peine!, digo agitadísimo como si estuviese en la farmacia pidiendo un medicamento para alguien que se muere del corazón. La vieja del quiosco está contando una docena de botones para un cliente que

espera, hablan tranquilamente de los turistas de ese año. ¡Un peine, por amor de Dios!, le digo sintiendo que se me saltan las lágrimas, es una cuestión de vida o muerte estoy diciéndole. La vieja se quita los anteojos que usa para contar botones y se pone otros para poder verme, para poder creer lo que le digo. Miro hacia atrás y veo a Tununa en la puerta del negocio que me hace señas alzando los brazos, me apura, a lo mejor el señor Hidalgo se está muriendo por mi culpa. No es para tanto, dice la anciana removiendo peines en una caja de zapatos. Me pregunta el tamaño, la calidad y no sé qué otras cosas inservibles en la urgencia, en la agonía. Es para el señor Hidalgo, le grito a la vieja con deseos de despeinarla de una manotada, de arrancarle los anteojos. Entonces la palabra Hidalgo abre las puertas, ella suelta los botones, los tira en cualquier parte y ruedan hacia la alcantarilla, me da la caja llena de peines, que el señor Hidalgo elija el que más le guste por favor y no se preocupe por nada. Corro, corremos con Tununa sosteniendo la caja. Allá abajo el señor Hidalgo como un tordo con un hondazo en la cabeza, busco y no aparecen unas sangres que concuerden con la terrible situación.

Tununa le entrega el más oportuno de los peines mientras él sigue arrinconado al borde de un precipicio, jamás podría subir despeinado y que lo viesen así en el salón de ventas. Me escondo detrás de Tununa para ver cómo va a peinarse y veo que despeinado es cualquier cosa, una urraca, una comadreja, un negrito hijo de albañil. A él lo salvaba la gomina. De nada le valían los dulces. Despeinado, se iba con los albañiles bajo la lluvia bajo la nieve hacia su choza el señor Hidalgo. El negro Hidalgo.

GRETCHEN

Gretchen entre ruidos de valijas que se abren y cierran anda por su cuarto. Tununa firma papeles de distintos colores, pone sellos vistosos, saca dinero de la Caja Fuerte, mete todo en un sobre y me dice que se lo lleve a la pobre Gretchen. En la cara de Tununa una lágrima muy pulcra discurre entre suaves arenas de talcos impalpables, alcanzo a ver debajo unos poros abiertos, enormes, melancólicos. En su mostrador las Pecosas

lloran con cuerdas de violines. La puerta está entreabierta y cuando voy a entrar oigo un gritito, algo limpio y gatuno que sale de adentro de Gretchen me advierte que no pase, estoy desnuda dice enseguida, un momentito y podrás entrar dice sin eres. Entro y ella está envuelta en una toalla, con su cabello mojado es más hermosa que nunca. Se sienta en la cama y cruza unas grandes piernas como las que acaso tenga la Tula. Recibe el sobre y me regala un pañuelo, una linterna, varios libros. Me dice que se va a vivir a Buenos Aires, allá tiene una tía que acaba de llegar de Europa. Cuando seas todo un hombre también podrás irte a la capital y entonces nos veremos, tú me llevas del brazo por la calle Florida, ¿te parece?

Qué hermoso en la estación el sombrero de Gretchen, el beso que me dio, el aroma de su piel, alcanzarle una maleta por la ventanilla, ver que Tununa y las Pecosas le tiraban besos. Lo último que veo es el ala de su sombrero verde, lo último que le escucho es no te olvides, te espero en Buenos Aires. Y cuando el tren desaparece en la curva y volvemos tristísimos caminando despacio por la calle de siempre pero que desde ahora es otra, justo en ese momento empiezo a darme cuenta de lo que Gretchen significa. Ella era la alegría, y yo no lo sabía.

Lo que pasa es que como Gretchen hay pocas, dijo Tununa al otro día. Yo pensaba que había poco de todo. Poco mundo, poca alegría, poca comida, pocas calles. ¿Entonces a mí me tocaba sólo eso porque había poco mundo? ¿Era mucho para otros, como el señor Hidalgo por ejemplo? ¿O era poco para todos? ¿Y para qué pasaba todo eso? Yo entré creyendo que me encontraría con cosas que pudieran moldearse. Y me encontraba con cosas definitivas que nunca hubiera imaginado, que además eran pocas. A lo mejor era un sueño, me había quedado dormido a la hora de la siesta después de andar por los senderos del jardín cerrado, estaba durmiendo junto a las paredes blancas y soñaba. Cuando volvieran los de la cabalgata me encontrarían dormido y soñando todo esto. Pobre, se ha dormido y es tardísimo, llévenlo adentro y pónganlo en la cama. Y despertaría en mi cama, en una casa que había olvidado, sin puentes ni cajas de cartón pero también sin Gretchen, sin sótanos ni Tulas. Y contaría el sueño. Muy gracioso eso del señor de los dulces y muy bonito lo de los albañiles bajo la nieve, es que así son los sueños, siempre tienen algo raro. Contaría todo eso. Pero, ¿a quién? Y

no podía contarle porque no había a quién contárselo; porque en esa casa no había nada, era el espacio para un tránsito, una ilusión del camino. La cabalgata había desaparecido en su propia trepidación y ya no era ni siquiera un recuerdo. Entonces no podía despertar. Si despertaba, el sueño no existiría al no haber a quién contárselo. Y seguía viviendo, o durmiendo, o esperando. Cada día cruzaba el puente para ir a esperar algo que modificase el esquema, pero Tununa y los dulces y las cajas seguían en su sitio. Odiaba todo eso y al mismo tiempo empezaba a amarlo, no había otra salida. Se trataba de cosas que parecían ciertas aunque su sentido no fuese suficientemente claro. Todo era presente, el terrible momento en que los hechos suceden y no es posible modificarlos ni con el sueño ni con los deseos, cambiarle algún detalle al señor Hidalgo por ejemplo, rejuvenecer a Tununa o detener el tren que se llevaba a Gretchen. Nada de eso. Cada día cruzaba el puente mientras amanecía, y todo permanecía allí, como siempre, en su ferocidad.

TULA

Tula es lo que había bajo la toalla que cubría a Gretchen, pero sin ella. Porque, como dijo Tununa, Gretchen hay muy pocas. También hay poca Tula, porque hay poco de todo. En el jardín, mirando bien, hay un par de senderos borrosos, acaso un banco donde sentarse y nada más. El inmenso resto, paredes blancas que limitan.

Tula no existe durante el verano, aparece con la caída de las hojas y la lluvia. Ha entrado pocas veces al negocio, a veces mira los escaparates desde afuera. Es del lugar pero habla como los de Buenos Aires. Una turista que llegó a deshora para ver cómo era el invierno en ese pueblo y se quedó para siempre.

Su piel es diferente a la de los albañiles. Es distinta de la mía, que más bien se inclina hacia la de los negritos. Su blancura es casi como la de Gretchen. Camina sin mirar a nadie, como buscando algo que está más lejos, y nadie podría saber qué es lo que busca.

Otra vez agitación y temor en el negocio. Hay que despachar todos los paquetes atrasados, vuelo hacia el correo en la bicicleta con canasto, hoy viene el señor Hidalgo y todo tiene que brillar. Y cuidado: ni la sombra de una mosca, una sola que hubiese sobre los grandes postres alteraría sus nervios para siempre. Tununa nerviosa con colores y silencios, van dos semanas sin que venga el señor Palcos. Corro a ponerle un telegrama, amor mío hoy te extraño más que nunca.

Entonces el señor Hidalgo que aparece y grita diciendo que hay que vender más, salir a la calle cuando pasan los turistas, cantar bailar para que entren y hacerles probar guindas en almíbar. Cuando vuelvo del correo hay tres moscas en la vidriera, intolerable, y, toda agitación, Tununa sin noticias en su cuarto llorando cuidadosa. Qué le pasa señora, diga si necesita algo, una aspirina si es que le duele la cabeza. Nada, dice Tununa, puedes irte a tu casa, yo me encargaré de bajar las persianas del negocio. La agitación de ella me penetra, me recorre los huesos y el futuro, soy Tununa soy el señor Hidalgo soy el señor Palcos soy Roberto Airaldi soy Tununa otra vez soy la mosca entre el cristal y la palmeta.

Cuando pasa la Tula todo se ablanda y adormece. Ella, aunque desde lejos, me cuida en el jardín, mira los postres desde afuera vestida de amarillo, una gran toalla cubre su cuerpo de Gretchen que regresa. Hay algo inmortal en su hechura femenina mientras sacude su cabello aventando gotas que no existen, para ella siempre llueve. Siento que sus grandes piernas inmortales pueden salvarme de la caída, del ingreso forzoso. Si caigo entre ellas puedo salvar la vida.

Debe ser algo muy importante la Tula, todos los tangos hablan de su alma y de su cuerpo. Hay esquinas y domingos donde solamente está la Tula apenas cubierta por su toalla. Yo ando por su alrededores, puedo verla cuando sale del cine, cuando está cruzando el puente, la miro desde lejos desde cerca, a veces nos cruzamos en la misma acera, supongo que me mira porque ella lo ve todo con sus piernas y sus ojos que me miran, todo lo mira y lo cubre con su toalla amarilla, todo debajo de su vestido entre sus piernas azulosas.

TUNUNA

Hay seis Tununas diferentes que ella pinta cada día en sí misma como autorretratos. La del lunes es la más triste, casi fea. Alrededor de sus ojos, nada; las pestañas han perdido su curvatura; los maravillosos rulos han desaparecido; los cabellos caen lacios con tristeza de aguanieve; la cara llena de poros, casi pecas de las vendedoras. Pasa la mañana en la cama, le duele la cabeza. Yo soy el único que puede verla en esa situación, le llevo infusiones y aspirinas, entre la penumbra producida por las persianas bajas y el olor a cigarrillos rubios importados que flotando en el aire ha dejado el señor Palcos. Por la tarde aparece brevemente, han empezado a desaparecer sus signos de vejez de día lunes. Al día siguiente sus ojos ya han cambiado. Certeros toques de color y de sombra borran surcos definitivos, un pañuelo en la cabeza disimula pinzas laboriosas. A mitad de semana ya es casi joven otra vez. Sobre las suaves cremas que ocultan a todos los lunes del tiempo aparecen pinceladas de primavera permanente. En mitad del miércoles, deja de hablar de la vida. El jueves sale a tomar el té con el tendero de enfrente, me los encuentro un día en el bar junto al Correo, hablan muy bajo, por favor que jamás se te ocurra decirle al señor Palcos que me viste con ese señor, somos amigos nada más pero él es muy celoso dice Tununa, así es la vida. El viernes abre las ventanas de su dormitorio dejando que entren pájaros y mariposas, los aromas silvestres, cubre todo de flores, hace su nido la Tununa, todo brilla, los bronce labrados de su cama, las sillas y las uñas de sus pies. Tununa hermosa espera al señor Palcos, por esa puerta de cristal hará su entrada estrepitosa en la tarde del sábado borrando las huellas del señor Hidalgo. Correré a abrísela, pase por favor, la señora lo espera en sus habitaciones llenas de pájaros y orquestas. Cerraré el acceso al negocio, bajaré la persiana metálica, pondré el candado, hasta el lunes Tununa y señor Palcos, hasta el lunes mi querido dice ella. Lástima, queda una Tununa de domingo que no podré ver nunca, exclusiva del señor Palcos, en el punto más alto de su belleza, encerrada en su nido entre perlas, entre pequeñas piedras de río rojas blancas y azulosas donde viborean mojarritas cristalinas.

La inaccesible Tununa del domingo, toda para el señor Palcos. El devora

los esmaltes, las porcelanas, los tapices de su cara tan bella. Come sus rulos, los alrededores de soles ponientes de sus ojos, la pintura de sus uñas, el brillo de sus ojos negros como un gran postre lujurioso. Cuando él se marcha, los domingos por la noche, de la belleza de Tununa sólo quedan los poros abiertos, un pálido boceto, unos trazos de lápiz, un croquis orientativo, cabellos lacios grises sobre almohadones tristes, el dolor de cabeza o de vida, se van los pájaros las mariposas la primavera y cae la nieve, miro los poros profundos de Tununa cuando le llevo el primer té del lunes, que nadie me moleste por favor, me duele mucho la cabeza, muchas gracias mi querido.

EL SEÑOR PALCOS

Lo más hermoso del señor Palcos, su independencia del señor Hidalgo. Era su fuerza opuesta, lo ignoraba. Seguramente podía comprar todas sus fábricas, caballos y albañiles, darle una patada y a la calle, quitarle el coche, dejarlo en bicicleta, e inmediatamente mandar un telegrama a Buenos Aires: señorita Gretchen, regrese urgente stop el negro Hidalgo ha sido destituido stop cariños la esperamos stop, con la firma de Palcos y Tununa. Yo la espero en la estación y allá aparece el tren, el humo azul, su máquina de fuego. Allá se asoma su sombrero verde, su gritito gatuno, corro corremos por el andén abriendo grandes brazos.

El señor Palcos, la posibilidad de modificar lo inmodificable, de otorgarle a las cosas lo que uno esperaba de ellas cuando entraba en el pueblo en el mundo cada día sobre el puente. Gracias a él, a sus poderes, a su amor por Tununa, las presencias cotidianas tenían ahora una finalidad, había algo congruente detrás de la mecánica absurda de los días y las noches; caballos, dulces, turistas y albañiles ateridos podían tener su sentido, era posible comprender algo del estruendo, lo real podía ser modificado, las cajas de cartón convertirse en fuegos artificiales. Y no necesitaba crecer ni ser todo un hombre para irme a Buenos Aires y mirar a Gretchen, los dos abrazados paseando por la calle Florida o por

Corrientes con Hugo del Carril con Gardel nada menos, me iba a la capital a buscarla, el señor Palcos me prestaba uno de sus coches cromados niquelados, compraba el Ferrocarril, clausuraba las vías y los trenes para que Gretchen no se fuese nunca.

Por esa puerta de cristales azules entraba el señor Palcos los sábados-Tununa, cuello duro puños almidonados gemelos de oro cigarrillos del Tibet en boquillas, gran anillo de piedra negra refulgente como el sol de la bandera. No sé en qué llega desde Córdoba. Absurdo relacionarlo con los tristes trenes que sólo sirven para irse. O en avión o por lo menos en alguno de sus variados coches el señor Palcos siempre llega precedido por sus penetrantes perfumes. Cada sábado un perfume diferente para envolver a Tununa en tiempos nuevos y mundos que empezaban, cada sábado por esa puerta penetraba un perfume que venía desde lejos, de islas o llanuras que contenían a Gretchen; cada sábado zapatos y corbatas distintas, siempre era un nuevo señor Palcos llegando en siete coches. Yo le abría la puerta y lo acompañaba un trecho por el salón de ventas entre vitrinas y espejos y plantas embalsamadas, él me daba monedas grandes o billetes difíciles y yo lo dejaba en las proximidades de las golondrinas de la pieza de Tununa, toda ella de porcelana o de nácar, una muñeca en su nido entre sus pájaros diversos.

Aun con ropas de entrecasa era fabuloso el novio de Tununa. Algún domingo al mediodía yo retiraba del restaurante más lujoso unas bandejas que habían encargado. Faisanes y codornices, picaflores y vinos perfumados. Levantaba la persiana metálica, llamaba suavemente y él aparecía atravesando el salón del señor Hidalgo, luciendo sus pijamas azules y morados, su hermoso cabello de músico, sin gomina, recibía la bandeja, de propina me daba una fortuna, me tocaba la cara, gracias pibe decía con su voz de bueno y poderoso al mismo tiempo. Yo bajaba la persiana y me iba tocando en el fondo del bolsillo el billete o la moneda acabada de hacer. El sabía muy bien quién ayudaba a redactar y despachaba los mensajes telegráficos de los miércoles. Hoy te recuerdo más que nunca, dice el más hermoso de esos telegramas, que a él lo hacían estremecerse de placer, sin saber que ese efecto se debía a que yo los despachaba como si fuesen para Gretchen.

¿De veras que nunca fuiste a Córdoba? Pero si queda ahí, cruzando la sierra. Cualquiera día te llevo, ya vas a ver qué linda La Cañada, la

Catedral, el Cerro de las Rosas esa maravilla. Era el único que podía salvarnos del señor Hidalgo, de sus iras y papeles, de su repetitivo ponernos de patitas en la calle, o venden más o cierro todo esto y ustedes entonces a rasquetear caballos si es que pueden, a volear ladrillos con los albañiles bajo lluvias frías y nieves de lo peor. Tununa y las Pecosas mezclando arena con la cal helada, voleando los ladrillos de dos en dos rompiéndose las manos, partiendo piedras me duele la cintura, son muy pesadas las bolsas de cemento dice Tununa desde una cara cuarteada que se le despedaza, las Pecosas tiemblan de frío en lo alto de los andamios siete pisos, la Tula me mira y me desprecia, a ella no le interesan los negritos albañiles, es demasiado blanca para eso, tiene piernas inmensas, tiene guindas secretas en sus pechos.

No, no tengas miedo, dice Tununa, son puras amenazas y nada más. Si cerrara el negocio, a lo mejor él también tendría que ir a trabajar de albañil. Y si en todo caso lo cerrase, qué. El señor Palcos nos llevaría a Córdoba, los tres podemos vivir cómodamente en su chalet del Cerro de las Rosas, es inmenso he oído, tú no sabes mi querido quién es el señor Palcos, único propietario de la Confitería del Plata y otras casas inmensas frente a la plaza San Martín. ¿Y las Pecosas? A ellas también las llevamos con nosotros; tú te ocuparás de los jardines y ellas del jardín de invierno, no se van a quedar aquí trabajando con los albañiles o rasqueteando caballos pobrecitas. También habrá lugar para ellas, dice Tununa cruzando tan segura el salón de ventas, entre vitrinas de cristales impalpables, abriendo la puerta personalmente a Roberto Airaldi impecable en primer plano, que compra veinte o treinta frascos de los más caros, alfajores de dos tapas con una guinda entera en su centro. Pongo los paquetes en el canasto de la bicicleta, vuelo a despachar las encomiendas y en el camino veo a la Tula que remonta una calle, seguida por la luz solar casi crepúsculo. Ella también se irá a Córdoba con nosotros, al Cerro de las Rosas maravilla. Por fin las cosas comienzan a tener un sentido. Siento que a pesar de la repetición hay algo. Me acuerdo de Gretchen, la relaciono con la alegría. Y respiro profundamente la atmósfera. Después de todo, estoy en ella.

TULA EN LA CABALGATA

He visto a Libertad Lamarque en *Besos brujos* y no entiendo nada. Estoy solo en el sótano armando cajas el invierno entero tratando de entender la película, lo que Tununa llama la vida cuando en vez del señor Palcos llega un telegrama imposible viajar, tuyo, señor Palcos. Las Pecosas también dicen así es la vida cuando leen sus revistas de besos y caricias. Todas las películas terminan en un beso. Roberto Airaldi besa ocupando toda la pantalla. Hay que alquilar caballos o vender dulces para después dar o recibir besos. El señor Palcos y Tununa se besan. El señor Hidalgo quita pelusas y miguitas de la ropa de Gretchen a ver si ella le da un beso. Los albañiles construyen hoteles y puentes bajo la nieve por los besos. Los tangos que salen por los altavoces hablan siempre de besos. Cada cual tiene el suyo en este mundo, en este sótano de cartones húmedos.

Por el tragaluz que da justo bajo la vidriera donde mato moscas veo a las mujeres que se paran a mirar los postres decorados; me pego a la pared del sótano y puedo ver sus piernas desde abajo. Son como la cabalgata que se ha ido, piedras significativas ocultas en la atmósfera. Las paredes del jardín amurallado son altas para que uno no vea las piernas de la cabalgata. Si uno sale y las mira puede ahogarse en el río aunque afuera el mundo esté de fiesta. Cuando uno cruza el puente todos los días y cree que no hay nada, que todo eso no tiene sentido, se equivoca. Aquí está todo, pero te lo ocultan. Las mujeres ocultan sus pechos y sus piernas, los albañiles construyen hoteles para ocultar cuerpos desnudos que se besan, las ciudades están pensadas para esconderlo todo aunque las cosas ocultas traten de salir, de reventar hacia afuera como los pechos de la Tula por ejemplo. No es por el frío que te cubren el cuerpo. Se trata de otra cosa. El señor Hidalgo busca migas y pelusas para llegar a las piernas de Gretchen, el señor Palcos cae los sábados en las piernas de Tununa. Yo tengo que caer en las piernas de la Tulagretchen guindas enteras en almíbar.

En el tragaluz aparece el ruedo del vestido de la Tula, sus piernas vivas al aire. Me acaricio, me crezco con las manos como puedo, yo también era algo que andaba escondiéndose en la atmósfera. Avanzo en mí con los ojos encandilados en blancuras interminables y me acaricio con más fuerza,

se trata de mi primer beso solitario. Las piernas de la Tula son una parte de ella que me alumbraba hasta el final. Una parte sin ojos menos mal, así no me ve llorar de miedo de alegría. Por fin estoy tocando tierra, piernas, guindas enteras en lo íntimo del alfajor, tantas cosas que nunca había presentado. Mi cuerpo me devuelve unas gotas de temblor caliente, qué ganas de llorar en la tarde gris dice un tango. Hoy te recuerdo más que nunca, dice el telegrama. Imposible viajar, tuyo, besos, dice el señor Palcos. Te espero en Buenos Aires, amor mío, dice diría Gretchen. Las piernas de la Tula se alejan bajo el vestido amarillo, en la acera resuenan sus zapatos de cabalgata que huye. Alguien ha bajado al sótano. Es Tununa, que me mira. Tengo tiempo de recomponerme, intento seguir armando cajas. Me invita a tomar el té con ella. Dice hijo mío o algo parecido. Se da cuenta de que tengo el pantalón mojado, me clava los ojos *allí*. Es que se llueve por el tragaluz le digo le diría no le digo nada. Cruzamos el salón, nos miran los espejos, alcanzo a divisar a la Tula toda entera que se aleja por la calle en amarillo.

El ruido de la cucharita removiendo el té es el silencio de Tununa. Los dos solos en la cocina, y el silencio de tazas y cucharas, tanto que uno no se anima a tragar, a morder la tostada, vamos por la mitad de la taza y nada ha dicho la Tununa. Eligiendo, pensando las palabras, tiene la misma cara de aquella vez que admití haberme comido un alfajor con almendras, que nunca había probado. Entonces también tomábamos el té en esa cocina y ella estaba callada como ahora, hasta que al final de la taza dijo como si le doliera decirlo que si uno comía algo había que decirlo, se anotaba en un papel y a fin de mes se descontaba del sueldo, eso era todo, muy simple como ves, sólo decirlo, ella a veces también comía porque cualquiera se tiente. Por esta vez me lo anotaré yo, me lo descuentan y se acabó el asunto; lo que pasa es que las almendras son muy caras, valen una buena parte de tu sueldo. ¿Otra tostada?

Ahora Tununa agitaba la cuchara removiendo lo removido. Estaba en la mitad de la semana, a medio rejuvenecer ante la próxima visita del señor Palcos, con sus rulos medio desatados, no se veían poros en su cara. Entonces dijo bueno, se trata de lo siguiente, y era una voz de vieja a pesar del rejuvenecimiento, voz de sentencia o ley marcial, de anciana que se muere y va a decir sus últimas palabras. Voz para decirme que no sólo me había comido un alfajor; según su tono, yo ahora había mordisqueado los

postres decorados, que eran el orgullo de la Casa, postres de exhibición y de concurso, los que con sus formas y colores atraían a los turistas hacia el escaparate y los incitaban a entrar en el salón de ventas. Una verdadera desgracia. El señor Hidalgo no podría tolerarlo; no dormía pensando en que esas muestras casi artísticas pudiesen ser vulneradas, y ahora había sucedido. Se arrancarían mechones de cabellos, se golpearía la cabeza contra los espejos, reventaría el huevo en un desastre. Pero, lo peor, él se vengaría. Y las venganzas del señor Hidalgo eran más fuertes que cualquier realidad. La prepararía escrupulosamente. Algo terrible, algo impensado, algo desnudo entre alaridos: le cortaría las piernas a Gretchen por ejemplo.

Pero eso estaba sólo en su voz. Con las palabras, Tununa trataba de rodear un centro sin nombrarlo; alrededor de mi beso solitario giraban sus palabras. Y claro, tuvo que aparecer también *la vida*. Vivir era no estar solo, eso debía comprenderlo con claridad. Lo que pasa chiquilín es que me pone muy triste ver que estás amando solo y eso no se puede ni se debe, amándote a ti mismo en ese sótano, es tristísimo. Si hubieras tenido un par de añitos más, tan sólo un par, te quedabas con Gretchen. Ella te quería mucho, me lo decía siempre, pero le daba no sé qué verte tan joven, eras su amor secreto.

¿Otra vez?, pensaba yo, ¿otra vez llegué tarde o no soy el que tenía que aterrizar aquí, llegué en lugar de otro? Entonces me voy ya mismo, me muero para que venga el que corresponde. Ya me parecía, me adelanté; debí venir con Gretchen pero en otra vida y otro mundo. Tununa dice no, no se trata de eso, no hay que tomarlo a la tremenda. Se ha servido otra taza de té, tintinea la cucharita removiendo, la pintura de las uñas es perfecta, me mira y me acaricia una mejilla. Lo hiciste por la Tula, ¿no? Es muy linda y muy joven. Todo es cuestión de tiempo. La vida es larga, mocoso. Voy a ayudarte, mi querido.

Tununa y la Tula se cruzan en la calle secreteándose. Tula entra en el negocio, finge comprar dulces, mermelada de grosellas dice, pero al mismo tiempo están diciéndose cosas al oído. Tununa me llama y me pide que le muestre las líneas de la mano. Mira las mías y las de Tula señalando las líneas de la vida. Qué curioso, se parecen como dos gotas de agua dice Tununa mientras nos miramos con Tula, ella ve más allá de mí y me abarca, me contiene, y ahora estamos en el cine, en la oscuridad me da

chocolatines, toca mis manos mi línea de la vida al darme la golosina. En la pantalla Roberto Airaldi está en una situación crítica, tiene que irse lejos mientras su Tula o su Gretchen llora en el andén y hay pañuelos blancos. Nosotros hacemos coincidir las líneas de la vida calentitas, las bocas las lenguas calentitas y se acaba la película, se acaba el pueblo, ya no hay calles, cruzamos un pajonal, las luces del pueblo han quedado lejos. Empiezan a aparecer las cosas que todo el mundo oculta bajo el aire, y en el aire está entera la Tula, su misterio. Ella revela poco a poco lo que los albañiles ocultan con sus paredes y sus techos, tiene una guinda entera en cada pecho, ella es la tierra es la atmósfera es Gretchen nada menos, me inicia en la mecánica de tumbas y de cunas, me enseña que debo repetirme con ella para entrar o salir de la atmósfera, aterrizo en las piernas en el hueco de la Tula pero en realidad venía de ella de ello.

¿Y lo del cine y lo de aquella noche?, le digo a Tula unos días después porque desde entonces no me ve, no me habla, desaparece siempre. Aquello ya pasó, fue lindo y eso es todo, dice una Tula que ya es algo visto desde lejos, nube que se lleva el viento. No seas tonto, dice cruzándose a la otra acera. Preguntale a la Tununa, dice en otra calle, ella podrá explicártelo mejor. Ahora has aprendido, dice al otro lado del mar, y podrás tener otras, sigue diciendo, mejor que te lo diga la Tununa, ella lo sabe todo. Y es lunes, amanece, estoy cruzando el puente de todos los días, las cosas siguen en su sitio, toco tierra, nada se modifica. Y no sé nada de la Tula, nunca vi sus piernas, todo lo hicimos como desde lejos, fui la mecánica, no el movimiento, lo hice mal, soy torpe, débil, no lo sé, no sé, no soy, no estoy. Después de hacer eso no hay ninguna cosa rara, se entra y ya está, dice la Tula, se entra por una puerta abierta y eso es todo, no hay más nada. ¿Y después? Después qué, no seas tonto. Ya estás adentro y se acabó. Yo no sé nada de significados ni de cosas raras. Preguntale a la Tununa en todo caso. Yo no sé nada, yo estaba y nada más, dice la Tula desde la cabalgata.

EN MEMORIA DE GRETCHEN

La hemos bautizado *Gâteau du ciel*, dijo el señor Hidalgo cuando dos empleados de la fábrica desembalaron sobre el mostrador aquella tarta deslumbrante; y mucho cuidado con ella, es para un concurso internacional. Qué maravilla, dicen las Pecosas. La miramos desde arriba y desde abajo, de costado, a contraluz, bajo lámparas potentes, y es bella por todas partes. Los empleados, antes de marcharse, la cubren cuidadosamente con una campana de cristal. Hay que preparar especialmente un escaparate para ella sola, llamen a los pintores y escultores, dice el señor Hidalgo.

Más que tarta es un cetro, algo digno de reyes, una corona para la cabeza del señor Hidalgo. Almendras grosellas frutas escarchadas, la palabra felicidad escrita con hilos de chocolate verde, flores comestibles traídas de Suiza o el Japón, más que dulzura de miel es un secreto arrancado para siempre a las abejas. Y en el centro del centro una cereza como viva, roja entre la nieve. Los albañiles que vuelven a sus chozas ateridos se detienen un instante bajo el viento para mirar a través de los cristales ese milagro del señor Hidalgo, Dios mío, quién podrá pagarla.

Lo tengo bien resuelto. Mañana llego media hora antes. Levanto muy despacio la cortina metálica para no despertar a Tununa. Cierro con llave. Que las Pecosas llamen cuando vengan. Me encierro en el sótano con la tarta y un cuchillo. Me la voy a comer. Toda. Aunque fuera más grande de lo que es, de dos o tres pisos, la comería igual. Tengo hambre para eso y mucho más. Se agarrarán la cabeza cuando no la encuentren. Llamarán a la policía. Yo no sé nada, les digo; cuando llegué la cortina metálica estaba levantada; la robaron anoche, qué desgracia tan grande. Cuando acabe de comérmela seré tan fuerte como el señor Palcos. Después de lo que pasó con la Tula, cualquier cosa. En realidad la como para que vuelva Gretchen. Seguro que ella volverá para saber cómo me la comí, se enterará del accidente por los diarios.

Apago la luz del sótano, ya ha amanecido. El día entra por el tragaluz. El señor Hidalgo, cuando se entere de la desaparición, dará un grito, un alarido, un bufido de tren, de vaca parturienta; se clavará las uñas en la frente, bajará los diez dedos clavados, se arrancará la piel, la cara; se despeinará él mismo y quedará su calavera gesticulando hasta acabarse para

siempre. Pero antes que se muera le diré que me la comí yo por lo que le hizo a Gretchen. Qué has hecho, me dirá Tununa, qué has hecho por amor de los cielos. Y bueno, le digo, después de todo nadie hubiera podido pagarla .

En eso llaman las Pecosas. Como no les abro, asoman sus caras tontas y empolvadas por el tragaluz gritando que les abra, no me pueden ver en el rincón donde me oculto para comerme el prodigio. No hay tiempo que perder. Que esperen. Hace mucho frío, dicen ellas. Clavo el cuchillo por donde debía tener el corazón la tarta, una cereza interna, palpitante. Pero la hoja se hunde apenas un centímetro, he dado con algo duro. Lo clavo en otro lado, y nada, apenas un centímetro. Entonces me doy cuenta, se trata de una muestra, una tarta de madera, hueca, cubierta con manjares verdaderos pero hueca, pensada para propaganda y exposiciones, la llevarán a todas las provincias, después a Buenos Aires para el gran concurso.

Intenté disimular el tajo pero no pude. Si corría una almendra o un trozo de chocolate o un hilo de grosella para tapar la herida abierta, se alteraba su forma; los adornos quedaban entonces fuera de su sitio rompiendo el equilibrio. Cuando Tununa preguntó tuve que decírselo. Estuvo callada un largo rato. Después me lleva a la cocina, me hace sentar, yo estoy esperando el arranque de una ira que sin duda tiene. Firmar papeles, recibir el sobre con los quince días de sueldo menos los descuentos, adiós Tununa chau Pecosas, me voy a Buenos Aires por si Gretchen me espera todavía.

Pero Tununa tiene una mirada triste. Triste y definitivamente vieja su voz cuando me dice pero qué pasa mi querido, qué te anda pasando por amor de Dios, hago lo imposible para ayudarte y ahora me pagas con esto. Saca su pañuelo bordado, me lo pasa por los ojos. Yo miro la pintura de sus uñas. Qué le decimos ahora al señor Hidalgo, le digo para salir del miedo. Y ella: por eso no te aflijas, le diré que se me cayó a mí, es un percance comprensible. La llevarán a la fábrica para restaurarla, por eso no te aflijas. De ti me afligen otras cosas. Te he visto en el sótano haciendo cochinas, te he oído llorar, te he dado a la Tula y ahora me haces esto. ¿Es que la Tula no te ha gustado, acaso? No se qué le respondo si es que digo algo, sólo me salen unas palabras sueltas. Qué raro, dice ella, la Tula es una muchacha fantástica, lo que pasa es que tú eres muy difícil; lo hice porque me dio mucha lástima cuando te pasó eso en el sótano, se lo dije y ella lo comprendió, es una chica estupenda. Le diré al señor Hidalgo que

estás muy enfermo, y te irás a Córdoba unos días para olvidarte de todo esto.

De paso envía este telegrama, dice Tununa cuando voy saliendo. Lo escribe en el papel, lo leo, me pregunta qué me parece. Amor, constancia, fidelidad dicen las letras; nada que ver conmigo y Gretchen; pero le digo que está bien. Cuando llegamos a la puerta me pone una mano sobre un hombro. Sí, estás pensando en el dueño de la tienda de enfrente, en el té que tomábamos cerca del Correo. Ya lo sé, me dice. Es que estoy vieja, dice Tununa como si hablara en el invierno siguiente. Pronto se me acabarán los hombres y los besos. El señor Palcos un día cualquiera me abandona. Entonces me quedará todavía el dueño de la tienda, por algún tiempo. Hasta que él también me abandone. Ya sé que es muy difícil de entender, pero así son las cosas, niño mío.

EL OTRO SEÑOR PALCOS

Aquí también hay puentes sobre un río sin agua. Es la ciudad del señor Palcos. Todo transcurre en sus carriles justos, en su verdad de cuatro siglos. Todo está pavimentado, todo sucede, todo es verdad, nada se equivoca. La ciudad va a lo cierto. No hay agua en el río pero vendrán crecientes dando verdades a los puentes de piedra. Hay riqueza acumulada, iglesias y montañas lejanas. Difícil creer que la atmósfera pueda contener ciudades como ésta.

Pero estoy seguro de que al otro lado de la ciudad no hay nada, porque detrás del cuerpo de la Tula tampoco había nada. Esto es todo, dice en los pajonales lejos del pueblo ocultando otra vez su cuerpo como todos. Antes de la Tula, de la atmósfera, yo tenía un sueño. Creía en él, me conectaba conmigo mismo. Después de ella, el sueño se desconecta. Es un puente roto. No puede arrimarte a nada. Da al aire. Existe sólo porque se aferra al cuerpo, de lo contrario desaparecería. Es un deseo, un humo. Pero existe. Uno caminaba por ese puente creyendo que iba a alguna parte. Después de la Tula, acaba el puente y el camino, se acaban pasos y distancias, ya estás en la atmósfera y hay que resistir. Esto te obliga a volver y destejerlo todo, a quedarte con el trozo de hilo en la mano sin

saber para qué sirven hilo y mano. Apenas dura unos segundos la conciencia de ese sueño que prometía salvación. Uno ya ha abierto los ojos, está casi despierto, volviendo al cuerpo con un resto de conciencia. Uno vuelve al otro lado del puente roto, de la orilla donde ha dado pasos importantes. Alcanza a ver la trama de los pasos que ha dado en la parte inexistente del puente donde había una verdad y uno era una araña no una trama. Había tejido toda la noche, descubierta un sentido, el fundamento. Todo tan claro, no hay absurdos, todo tan cerca, yo mismo he tejido la trama sin saberlo, he encerrado en su centro lo que hay al otro lado del puente roto; tejí toda la noche y ahora voy a ver lo que he tejido, soy el personaje, soy la araña. Y entrabas en la atmósfera, en Tula, y llegaban los ruidos de la luz del nuevo día, los gigantes convertidos en viento. Ves que la trama existe, es cierta, está allí mismo. Pero pertenece a la cortina de tu ventana, es parte de un diseño de fábrica, la ves todos los días de tu vida. Ahora las dos tramas son una sola cosa, apenas chispazos de segundos, tiempo casi inexistente lo que hay entre una y otra. Y uno sin saberlo ha ido perdiendo la conciencia de ser la araña tejedora, ahora soy la trama solamente, ya no tejo, me tejen, soy el hilo, los hilos del día llamado real que recomienza, que me excluye que me deja afuera. Y ellos tejen, me destejen la trama que hice durante una noche cuando era araña y libre, usan mis hilos para tejer lo suyo, soy sus hilos y puedo ver cómo me destejen en un chispazo de segundo, en un instante no ha quedado nada y los hilos vuelven al ovillo. Soy un hecho, pero externo. Allá en cambio tejía, miraba el mundo, yo mismo era el mundo. Aquí me viven, me destejen, me devuelven a la madeja, al sótano, me tejen como si fuese una trama arañas invisibles que me adormecen con su baba, al tiempo que yo también tejo pero lo que ellos me dicen que debo tejer, sus cañones sus miserias sus orgasmos, tejo la baba que me adormece, dormido tejo, oigo contar hasta nueve y no puedo levantarme, no puedo ver la otra orilla donde tejía mi trama verdadera, la olvido, ni siquiera hay un puente roto para escapar, se me desteje la otra orilla, pierdo sus formas, creo que no existió y esto es horrendo, creo que he soñado al lado de las paredes blancas, cabalgatas, abro los ojos, miro la cortina, la trama, mi mano, veo que soy yo mismo el que toma la punta del hilo de la trama mía y de un tirón conciente destejo el espléndido palacio, lo considero un sueño, vuelvo a poner el hilo en el ovillo, levanto la cortina metálica, me presento a mis arañas aquí estoy

como todos los días, cada uno a su tarea a su almanaque o a su muerte, a su sitio a su orilla y hasta cuándo. Tocaste tierra, hermano, ya era hora. Has visto que con el sueño nunca pasa nada, porque parece que no hay ninguna manera de modificar el mundo. El sueño es producto de la entrada en la atmósfera, de la fricción, has aguantado su temperatura y esto es lo que importa, al fin de cuentas estás vivo y con nosotros que te queremos y esto es lo importante hermano, venga un abrazo es natural que llores nos ha pasado a todos, a la Tununa a Gretchen a la Tula, así es la vida dicen los altavoces en lo alto de los postes bajo la nieve.

Sí, pero dónde está Gretchen digo envejeciendo, espantando arañas, sus escorias. Y me meto en un bar, me empujo yo mismo para entrar, para ahogarme en alcohol dicen los tangos. Y me quedo mirando la mesa, las mesas de la verdad que comienzan a ser ciertas, ha pasado la fiebre y estoy tan sano como todos.

Un camarero me pregunta qué deseo. Mucha ginebra le digo mirándolo sin poder mirarlo; y siento que me están sacando de la atmósfera, con tenazas me están sacando cuando miro al camarero al señor Palcos que tiene una bandeja en una mano y en la otra un trapo para limpiar las mesas. Sí, tiene un diente de oro como siempre, pero de anillos nada. Un pantalón muy usado cubre el precario cuerpo disminuido del señor Palcos. Un chaleco blanco con manchas de grasa, corbatita negra y nada más, tan sólo eso queda de él. Para colmo me pregunta normalmente por Tununa, yo no respondo una palabra. Hoy no pude ir, tengo mucho trabajo, estoy haciendo horas extras, dice Palcos. Pero el otro domingo, seguro estoy allá, dice normalmente. Del otro lado del mostrador viene la voz del dueño diciendo por favor no se distraiga, atienda las otras mesas hay clientes esperando. Veo que hay mucha vergüenza en la cara de Palcos tratando de ser él, de que no se le escape lo que desea ser. ¿Estás seguro que quieres ginebra? Mirá que es fuerte, dice cuando me la sirve y luego se va haciendo equilibrio entre las mesas, recibe las propinas, quédese con el resto, muchas gracias señor.

¿Qué será de nosotros, madre mía? Cuando el señor Hidalgo se entere de la verdad sobre su tarta nos echará a todos a la calle, a las crecientes. Llegaremos a Córdoba temblando. Tununa está muy vieja para subir a los andamios; las Pecosas son débiles, son tontas, son inútiles, son tristes, son la letra de un tango, son tuberculosas, son suspiros, si se

mojan se resfrían, tosen y se mueren. ¿ Y qué haremos en Córdoba? ¿Qué hará Tununa cuando sepa que el señor Palcos no tiene siete coches ni chalet en el Cerro de las Rosas ni nada de nada, que se disfraza de señor Palcos cuando le dan permiso y de pura lástima le prestan un coche, unos anillos, unos trajes, y sueña ser el señor Palcos para que Tununa también sueñe? Estoy juntando unos pesos para poder ir de nuevo, la Tununa se lo merece, cada día hay menos propinas y el sueldo limpio no te alcanza, las cosas no van bien dice el señor Palcos llenándome otra vez la copa. Y mirándome los ojos: supongo que te habrás dado cuenta de qué va la cosa, son rebusques que uno tiene, qué le vamos a hacer así es la vida. Pero qué hacés. Llorás como una criatura. No seas pavo. Decime algo.

No me toque, le digo después en la calle cuando ve que estoy mareado y me dice andá a dormir la mona es lo mejor. ¡No me toque!, le grito, y él entonces me agarra la cabeza, la pone muy cerca de la suya para que lo mire bien. Escuchame una cosa, dice clavándome unos ojos de señor Hidalgo víctima de robo; si llegás a abrir la boca, si le decís a la Tununa o a quien sea que soy un camarero, te rompo el culo a patadas, ¿has entendido?, te rompo los dientes y el culo a patadas, mocosos de mierda que ahora lo has arruinado todo.

Y me voy, me va empujando el alcohol, qué será de nosotros, digo tomando la primera calle que encuentro, qué será de nosotros ahora que ha muerto el señor Palcos.

TUNUNA EN EL CRESPÚSCULO

La tarta, debidamente restaurada y bendecida, estuvo expuesta todo el invierno en el escaparate. Sola. Ningún postre o manjar podía competir con ella. Un decorador, que llegó en avión desde el Brasil, trabajó duramente para instalarla en su santuario. Hizo traer esculturas labradas en lapizlázuli y piedras increíbles arrancadas al fondo de los mares para que le hiciesen compañía. Pocos objetos, pero bien elegidos. Por las nuevas relaciones y armonías creadas por éstos, la cereza viva del centro de la joya pasó a ser la coronación de un príncipe entre témpanos. Me vistieron con un uniforme azul de ribetes dorados para escoltarla. La orden terminante: que ni remotamente se acercase una mosca; no a la tarta, ya que esto era inconcebible: ni siquiera a las inmediaciones. De modo que mi vista y mi pulso sosteniendo el matamoscas ocupaban toda mi existencia y no había espacio para más.

Largo el invierno y más largo todavía sin el señor Palcos. La gente tiritaba afuera señalando al pie de la vidriera los detalles más geniales del engendro, con paraguas en el aguacero contemplando la creación más maravillosa del señor Hidalgo. Domingos de guardia llenos de albañiles que llevaban a sus mujeres y a sus hijos a contemplar esa delicia. ¿Ves eso que está más abajo del sendero de avellanas? Son grosellas, dicen las madres a unos hijos incrédulos.

Aparecen unos fotógrafos que vienen desde lejos, y entonces hay que llevarla al centro del salón; como una Tula desnuda en medio de la vidriera, rodeada de madrêporas ponerla con cuidado en una cesta bordeada de tulipanes, apoyarla en terciopelos, acomodar las luces, crearle un espacio propio cercándola con una cortina verde, buscar ángulos perfectos para las tomas fotográficas, bajo los ojos felinos del señor Hidalgo que nunca falta a estas sesiones.

Debo dejar momentáneamente el matamoscas para agitar la cortina desde atrás mientras hacen las tomas, me muevo bailando tras el trapo que después en la foto será un fondo marino. Y todo parece absurdo, especialmente desde que falta el señor Palcos, y las cosas, en vez de suceder, se repiten hasta el infinito precipitando aceleradamente un fin que ha empezado a asomarse en cualquier punto del horizonte. Los

fotógrafos se van, se despiden con reverencias que el señor Hidalgo ignora. Con cuidado, entre pañales, que no vaya a tomar frío por favor, llevamos con las Pecosas la tarta hacia su cuna hacia su trono, y vuelvo a tomar mi infalible palmeta. Con mirada asesina busco moscas en el aire.

Cada día hay menos Tununa en el salón de ventas. Algo de ella se pierde diariamente por ahí, se va con las mariposas que emigran. Sale de su cuarto, entra en el salón, la multiplican los espejos mientras pasa. Va a la farmacia, compra muchos medicamentos y cuando regresa hay menos de ella, en los espejos se va descascarando la Tununa. Las Pecosas al verla pasar alzan sus grandes ojos de cordero. De las seis o siete que teníamos va quedando una sola, la del día lunes. Se le están cayendo de la cara ceras y porcelanas. Parpadea con ojos articulados de muñeca antigua perdida en una caja de sombreros. No más curvas en sus pestañas, no más bosques azules y praderas alrededor de sus ojos. Hay silencio o escasos monosílabos en voz baja. Hay un orden perfecto en frascos y papeles. La máquina del señor Hidalgo brilla como un estilete. Tununa ya no tiene domingos. No hay telegramas ni correos. Pero no llora. Solamente se derrumba.

Como en un tren se van las cosas de Tununa; las abejas las golondrinas los rundunes los aromas silvestres el piquillín maduro, son pañuelos en el tren, diciendo adiós. El dueño de la tienda de enfrente dice adiós al té que tomaban juntos al lado del correo. Siempre estamos serios. El señor Hidalgo viene ahora todos los días a controlar y llevarse el dinero recaudado. Todo está impecable, hasta el sótano brilla. No hay moscas ni siquiera en la cocina. Todo en su sitio: la tarta en el escaparate, los albañiles bajo la lluvia. Somos fuertes. Incluso las Pecosas. Un día se animan a contestarle al señor Hidalgo nada menos. También nosotras somos seres humanos, dicen. Increíble. El señor Hidalgo se calla, controla su peinado en los espejos.

Un día aflojan las Pecosas. Vuelvo de la calle y las encuentro llorando. Y a ustedes qué les pasa, por qué lloran. Lloramos por la señora Tununa, dicen ellas en el frío, en el viento de agosto. Si no vuelve el señor Palcos es natural que sufra, les digo, son asuntos de ella, y nosotros a lo nuestro. Al menos podrías tener un poco de lástima por la que tanto bien te hizo, dicen con voz de viejas de velorios. Les vuelvo la espalda y me miro en los espejos. Me encuentro adulto. Gretchen tampoco

vuelve y a mí nadie me tiene lástima. Tampoco hay lástima para el señor Palcos.

Del cuarto de Tununa llegan unos gemidos como traídos por el viento en medio de una pampa. Por favor, corre a ver si necesita algo, dicen las Pecosas, que no pueden abandonar el mostrador por ningún motivo. Una de ella me da un frasco de perfume que le ayude a respirar. Que huelga hondo, así se le destapan los pulmones pobrecita. Un par de saltos y ya estoy en su cuarto. Sentada en la cama, me da la espalda. Por el suelo, desparramadas y convertidas en objetos inútiles y rotos, yacen las seis Tununas de martes a domingo. Únicamente la del lunes está viva, en adelante ella será lunes para siempre. El viento se cuele por la ventana, entra anhelante para llevarse sus gemidos.

No es nada, mi querido, dice girando apenas la cabeza hacia mí. Cuando te necesite te llamaré. Vuelve a tu puesto por amor de Dios, que si el señor Hidalgo llega y no te encuentra en tu sitio pondrá el grito en el cielo.

Entonces le pregunto si quiere que mande un telegrama a Córdoba, se me ha ocurrido un texto hermoso, le digo. No sé qué me responde entre dientes. El viento de agosto se lleva sus palabras, las pasea por la casa, las enfrenta a los espejos del salón de ventas, las tritura en los oídos de las Pecosas, las saca afuera, las arrastra por la calle larga, donde desaparecen.

EL SEÑOR PALCOS Y TUNUNA

Si le digo que lo vi en Córdoba y que no viene a verla porque tiene miedo de que yo haya contado algo sobre su verdadera condición, o porque no puede reunir las propinas necesarias para costear el viaje, o porque no tiene ropa y ya nadie le presta nada, si le digo todo eso, si se lo dijera.

¿Cambiarle todo a Tununa? ¿El mundo que se acostumbra a ver toda su vida puede cambiar de golpe? ¿No es mejor morir con la idea primera? ¿Tununa entrando en la atmósfera? ¿Podría acaso respirar? Ya está vieja, sus pulmones no resistirían el aire fresco y puro (¿puro?).

Para entrar en la atmósfera hay que ser recién nacido, tener todas las fuerzas, y aun así es durísimo. No lo soportaría, daría un grito, moriría de un susto. El señor Palcos convertido en el Gran Susto de Tununa. No. Sería demasiado. Pero a lo mejor el susto no la mata de golpe, se desmaya solamente en medio del salón si se lo digo. No le sale sangre, corremos hacia ella con frascos y perfumes, llamamos al farmacéutico, le damos masajes, respiración boca a boca, y se salva aunque conozca la verdad.

Después de a poco con jarabes vitaminas infusiones se va recuperando, recobra su visión y puede mirar al señor Palcos tal como es, que ha entrado por esa puerta a pedirnos limosna, su sombrero grasiento se estira en la punta de su mano por amor del Señor tengan piedad del pobre ciego. No, no aguantaría la Tununa. Para poder entrar en la atmósfera hay que nacer. Ella nunca ha nacido de verdad y ahora es demasiado tarde para eso. A su edad uno no entra en la atmósfera, más bien se está yendo de ella. ¿Cómo nacer a Tununa si no hay vientres ni embarazos ni un señor Palcos que la engendre? Uno se queja pero al final ha podido nacer. No está Gretchen, pero bueno, uno ha nacido por lo menos. Tununa había perdido su oportunidad de nacer. Apenas existía. La inventaba el señor Palcos todas las semanas, ella era su sueño más hermoso. Y él, él, era casi lo mismo, casi no nacido; se hacía soñar por Tununa, por su propio sueño. ¿Quién tiene la verdad aquí? Y ahora que ya no la sueña el señor Palcos ella tampoco tiene vida o sea sueño, y por eso se descascara se derrumba, y el señor Palcos sin duda está cayendo también, es casi seguro que él allá en Córdoba y ella en el salón de ventas se están derrumbando al mismo tiempo.

De todo van quedando pocas cosas. Tununa y Palcos tienen manos pero se les ha borrado la línea de la vida; las Pecosas sólo saben resfriarse o llorar; Gretchen es la plenitud de una ausencia, un sueño fijo sin andenes, una cosa a destiempo, cuando ella estaba yo no había acabado de nacer, quizás se fue para que yo pudiera completar esa acción forzosamente solitaria; los albañiles, que nunca entraron al negocio, miran las manjares desde lejos, en fotografías, en películas; Roberto Airaldi es apenas una mancha en la pantalla; los turistas desaparecen acaso para siempre, es tan largo el invierno que parece que ya no hubiera más veranos en los almanaques. Me van quedando solamente la Tula y el señor Hidalgo.

Quién tiene la verdad, quién es la verdad aquí. Y si no le digo nada a

Tununa viene a ser lo mismo, ella de ningún modo puede volver a tener al señor Palcos. Tendría que nacer para eso, y, ya se sabe, es bastante difícil. Mejor vuelvo a poner todo en la valija y esta misma noche los tiro a la basura. Al camión triturador. Son como muñecos secos, resquebrajados por el tiempo. Que el estruendo se pierda en el estruendo. El único peligro es que uno en el envión se empuje también al camión triturador y se vaya con ellos. A lo mejor no fui yo quien los trajo a Madrid sino ellos a mí, para deshacerse de un mal recuerdo. Aquí solos todos nosotros en el jardín amurallado de Madrid a punto de irnos buenas noches.

¿Y si no le digo nada a Tununa? ¿Si dejo que siga dentro de su sueño? Así por lo menos le queda la posibilidad de esperar, que no es fácil conseguir. Esperar es un don que te concede la atmósfera, una especie de gratificación por permanecer en ella. Y en una de éstas el señor Palcos consigue nacer del todo, buscar sus coches, sus corbatas, y aparece otra vez por esa puerta de cristal; un diamante en la solapa, el sol inmortal en su cabello de músico. Que por lo menos se salven ellos. A los demás, que ni siquiera hemos sido capaces de mantener sueños como ellos, nos comerán los peces, las iguanas, las pirámides.

Si le digo la verdad a lo mejor solamente se desmaya. Alcoholes, amoníacos en la nariz de Tununa para levantarla del suelo. Ella verá al señor Palcos casi espantapájaros y cerrará los ojos en vergüenzas mortales, pero si se salva a lo mejor empieza a comprender, a nacer aceptando que Palcos sea un ciego una piltrafa. Si no muere en el susto podrá nacer de verdad. Se lo digo, no se lo digo. La muerte de un sueño es ciertamente horrible, pero no poder ver el sueño acaso resulte peor.

Hay que hacer algo urgente, les digo a las Pecosas. Vengo del cuarto de Tununa. Apenas puede moverse entre peligros. Sus piernas ya no la sostienen. Las tiene llena de choncacos. En tremenda tormenta viene una nube negra con insectos, y ella no tiene un refugio conocido. Un viento espantoso hace temblar la cama y los relojes, los retratos y la viga principal del techo. No queda un solo pájaro en su pieza y han llegado las alimañas del monte.

No nos cuenten más, no queremos saber, no queremos sufrir llorar, dicen las Pecosas tapándose los oídos. Estoy dispuesto a sacrificar cualquier cosa para salvarla, les digo. Fíjense, les grito, incluso estoy dispuesto a sacrificar a Gretchen para que Tununa se salve. Renuncio a

ella para siempre y se acabó. Qué más me pueden pedir, les grito.

No hables, no nos digas cosas, no te vayas, no nos dejes en este valle de lágrimas ni después de este destierro, gritan las Pecosas en la histeria. Ahora mismo, les digo, voy a Córdoba a buscar al señor Palcos. Mientras tanto cuiden de Tununa. No abran las puertas, eviten las corrientes de aire, tengan el oxígeno siempre a mano. Dejen de llorar y de temblar, carajo. Ayuden a Tununa mientras vuelvo.

¿Y el señor Hidalgo? ¿y el permiso? ¿y las moscas? ¿Quién cuidará el *Gâteau du ciel*?, dicen las Pecosas en temblores. Si el señor Hidalgo dice algo inconveniente hagan como Gretchen: despéñenlo a cachetadas. No, no vale la pena, dice Tununa como puede desde su pieza sin mariposas. Deténganlo, que no vaya, tengo miedo, yo no quiero saber por qué no vuelve el señor Palcos, quiero que vuelva pero tengo miedo, está cayendo el telón, apagarán las luces, dice Tununa contra el viento.

Llega el plañir de las Pecosas. No te vayas por favor. Quién matará las moscas quién le dará a Tununa una aspirina quién le dará los buenos días a Roberto Airaldi quién nos abrirá la puerta en las madrugadas frías; afuera temblaremos heladas nos lloverá encima toseremos crecerán los ríos no podremos llegar al negocio a cumplir los horarios; nos encerrarán en hospitales llenos de muertos; el señor Hidalgo se volverá loco se arrancará los cabellos pondrá una bomba hará volar el pueblo los hoteles y los puentes, los albañiles saltarán hechos pedazos por el aire, sus cucharas quedarán sepultadas en la nieve; crecerán los ríos se llevarán caballos muertos; qué será de nosotras débiles enfermas contagiosas, qué será de Tununa del señor Hidalgo; se le romperá la tarta sus adornos las piedras traídas del fondo de los mares más lejanos; si se muere el señor Hidalgo todo se vendrá abajo morirán caballos y turistas, se morirán los ríos entre puentes derrumbados; somos débiles somos enfermas se nos mojan los pies y ya empezamos a toser y ya morimos, dicen las Pecosas desde el mostrador, desde los espejos, por favor no te vayas, no queremos que vuelva el señor Palcos ni Gretchen, que no vuelva nadie, sólo queremos al señor Hidalgo; si Gretchen no se hubiera ido, si se hubiera dejado tocar por el señor Hidalgo seríamos todos tan felices, si te vas nos ahogaremos en las crecientes.

Está bien, digo cediendo a sus razones. Entonces todo está perdido. Ahora cualquier cosa puede entrar por esa puerta.

Para calmarme deseo que, al abrirla, pese a la nieve entren en el

salón de ventas golondrinas y mariposas, aromas de piquillín cuando fermenta, una nube, una ranita a saltos; que entren pájaros y nidos, que frente a la puerta se detenga un nuevo coche del señor Palcos dientes de oro cigarrillos rubios en boquillas cuatro anillos y una abeja irisada en la corbata. Que yo lo acompañe por el salón y él me dé un billete de cien o de cien mil en prueba de abundancia, aunque eso signifique años de propinas en el bar donde trabaja. Que con todo lo que le han prestado, pantalones anillos y corbatas, durante un fin de semana pueda ser el señor Palcos con Tununa porcelanas ceras vírgenes entre almohadas y cojines perfumados, risas de Tununa abriendo la ventana a los rundunes, amor y paz y nosotros vigilando, las Pecosas en su mostrador cantando a dúo música de fiestas, descalzas y mojando sus pies en los arroyos tibios. Que Roberto Airaldi haga una compra fabulosa, casi todo el negocio; que diga: me llevo todo menos la tarta porque es una obra de arte. Y nosotros envolviendo frascos y alfajores como locos, llevando los paquetes al correo en un camión con acoplado; que pague con un cheque de un metro de largo capaz de contener la enorme cifra, y el señor Hidalgo sonría por primera vez llorando de alegría, guardando el cheque en el chaleco o escondiéndolo entre la media y el zapato para que nadie se lo robe, sin saber dónde poner el cheque de tan contento que está por fin nuestro señor Hidalgo, felicitándonos a todos, muchas gracias queridos, siempre pensé que ustedes eran muy buenos, lo que pasa es que.

Sueños falsos. Deseos inútiles. El Palcos que llegó esa tarde, la última, vino seguido por las moscas. Vacilo un poco y lo dejo entrar, pero por la puerta de madera del costado, la de los proveedores. Usted comprenderá, tengo que proteger la tarta, no puedo dejar que entren también esas moscas que vienen con usted.

En nube negra zumban las moscas afuera contra los cristales. Con él y ellas han llegado también tres o cuatro perros flacos. Quieren entrar, raspan los vidrios con uñas impacientes, ladran a las Pecosas. Hay que llamar a la policía, dicen ellas. Haga callar esos perros, digo al señor Palcos. ¿Le contaste, le dijiste algo a ella?, dice desde el fondo de su chaleco apenas blanco, de sus pantalones a rayas, del moño de su corbatita negra. No lo sé, no me acuerdo, le digo, haga callar a esos perros que se asustan las Pecosas. Ellas no saben de quién se trata, no pueden reconocer en él al señor Palcos. ¿Le has dicho algo?, dice desde su barba de quince

días. Dale una moneda y que se vaya, dicen las Pecosas. Pase, le digo mirando su barba entrecana, el sombrero que hace girar entre sus manos, pase y vaya usted mismo a averiguarlo, si algo queda de ella lo estará esperando en sus habitaciones. Cruza el salón brillante sin mirarse en los espejos, esquivándose a sí mismo se desliza entre el brillo del piso y el miedo silencioso de las Pecosas.

"Tununa", dice apenas el señor Palcos en el centro del salón de ventas, infinitamente multiplicado por espejos que se cruzan enviando su imagen de un lugar a otro en tiempos de relámpago. Corro a trancar la puerta de madera: los perros, siguiendo el olor del señor Palcos, raspan y empujan procurando entrar. Por la presión que hacen se adivina que además hay con ellos otros animales de formas imprevisibles, más fuertes que los perros. Y la nube negra zumbadora no está formada por moscas solamente. Hay un todo a trastocarse en un segundo, un tiempo que se resiste a transcurrir, como si todo hubiese acabado ya y se tratara solamente de saberlo, de darse cuenta de la evidencia en un solo segundo fulminante.

"Tununa", dice Palcos entre peligros que no alcanza a ver. Enseguida me llama, que por favor le ayude, que está viejo, le duele la cintura, el lumbago, y no puede agacharse. Tununa está en el suelo, por favor ayudame a levantarla. Me voy al fondo y lo veo alzando lo que queda de Tununa. Juntamos labios secos besos muertos pestañas desteñidas ojos desarticulados mejillas en olvido porcelanas y ceras derretidas. Vuelve temblando con todo eso en el sombrero como monedas falsas, quiere abrir la puerta para irse.

Un momento, le digo midiendo el escaso tiempo que nos queda para abandonar el barco. Se detiene tranquilo, mirando afuera como si no pasara nada. Esto es lo que han logrado, les grito a las Pecosas por echarle la culpa a alguien, esto es lo que han conseguido por defender al señor Hidalgo, esto es todo lo que ha quedado de Tununa, que no alcanza a llenar el sombrero de un mendigo.

No fuimos nosotras, gritan tapándose los ojos. Anoche la señora Tununa dijo que le dolía mucho la cabeza. Estaba enferma, tenía tos convulsa difteria artritis en las manos nubes en los ojos. Siempre la hemos querido porque ha sido siempre nuestra verdadera madre. Y también la tuya, desagradecido.

El señor Palcos me dice que me calle, que no siga haciendo llorar a

esas pobres mujeres indefensas; que él ya se iba, pasando por aquí se le ocurrió entrar, eso era todo, él no había venido a buscar ni a reclamar nada especialmente. Un momento, le digo, de aquí no sale nadie por las puertas.

Rápido, no hay tiempo que perder, todos al sótano. Las Pecosas bajan los escalones huyendo de crecientes. Usted también, digo empujando al señor Palcos. Por ahí, digo señalando el tragaluz, poniendo una escalera. Cuando yo diga, todos a la calle por el tragaluz, grito subiendo los escalones. Entro en el salón de ventas atropellando las vitrinas, casi no veo de la furia que tengo cuando abro la puerta de cristal y dejo entrar la nube negra y su zumbido, abro la puerta de madera a los tropeles que enloquecen. ¡Ahora!, grito bajando al sótano. Las Pecosas y el señor Palcos salen por el tragaluz.

Antes de abandonar la nave alcanzo a ver cómo la nube de insectos y otros animales asociados perforan el *Gâteau du ciel* bendecido por el obispo, destrozando a dentelladas la cereza virgen, los néctares y dulces, salpicando el mostrador, la Caja, los espejos, los cojines de Tununa que todavía huelen a piquillín maduro que fermenta en la siesta.

Afuera encuentro a las Pecosas que se agarran la cabeza ante el escaparate viendo cómo la tarta va desapareciendo entre patas bullentes y hocicos insaciables. Basta de llorar, les grito, las sacudo haciendo temblar sus cuerpos desnutridos, dejen de llorar inútilmente y ayuden al señor Palcos que apenas puede caminar. Ellas reconocen a Palcos en el mendigo que tienen a la vista, abriendo ojos como corazones sueltan un llanto de campanas tristes. Y como si la tarta y los manjares fuesen de ellas juntan las manos en forma de plegaria diciendo madre mía, qué habremos hecho para recibir este castigo.

El salón de ventas se ha convertido en un túnel lleno de moscas, perros furiosos e insectos lujuriosos que cubren los espejos. Llegan policías, sacerdotes y bomberos. Entre todos llaman al señor Hidalgo dando gritos carnívoros.

Nosotros corremos calle abajo, somos una cabalgata que se aleja. Volviendo la cabeza hacia el desastre vemos todavía que detrás de las moscas y los perros llegan las grandes bestias del Zoológico. Cuando estamos llegando al puente escuchamos el increíble grito de la desgracia: ha llegado el señor Hidalgo, ha mirado de frente su tragedia, y alcanzamos

a oír el ruido de su cabeza de huevo que revienta contra un poste de la luz, haciendo temblar los altavoces que en lo alto de la columna se estremecen de tangos lastimeros. Y todo el pueblo, que le pertenece y es una simple prolongación suya y de sus fábricas, tiembla en cataclismos inminentes.

Cubro los oídos y los ojos de las Pecosas para que no oigan ni vean cómo caen también los pueblos adyacentes, los turistas muertos y los caballos envueltos en alaridos que en sus remolinos se llevan las crecientes súbitas. Estamos junto a la estación de trenes. Las Pecosas y Palcos quieren correr hacia los andenes. Cuidado, por ahí no, les digo, los andenes han de quedar libres, ¿no se dan cuenta de que sin ellos Gretchen no podría volver nunca? ¿Que andaría siempre como ciega en vagones oscuros? ¡Vamos, al puente!, les grito.

Hacia allá vamos corriendo, dentro de lo que permiten las piernas carcomidas del señor Palcos. Déjenme, no vale la pena, dice, pero lo alzamos un poco obligándolo a marchar arrastrando los pies. Ya cruzamos el puente que separa al pueblo del desierto inmediato. Lo último que vemos son albañiles sobrevivientes bajo la nieve, poniéndole más puertas, más ventanas al pueblo para los turistas del próximo verano.

Estas maletas, una vez abiertas, no se pueden cerrar más. Aquí estamos otra vez juntos viendo llover en Madrid. El camión triturador de la basura está en la esquina. Con mandíbulas vírgenes tritura muebles viejos. Y este cuarto apesta de basuras y recuerdos. Ahora que he vuelto a verlos, acaso un tanto alterados (mutuamente) por el viaje y el tiempo transcurrido, mi propósito es deshacerme de estos pergeños deformados por la vida, separarme para siempre de estos incómodos acompañantes, de estos muñecos casi muertos que me siguieron hasta aquí. Sacarlos de la atmósfera, darles un olvido piadoso.

Entre el último sorbo de coñac que me queda y esta lluvia, ellos gesticulan. Oyen el ruido del camión triturador y tienen miedo. Una Tula más cierta que nunca me advierte, con un gesto al borde del desprecio, que yo también soy como un recuerdo: un recuerdo de ellos. Cuidado, dice, el riesgo es el mismo para todos. Entre las basuras busco a Gretchen para

echarle una última mirada que me sirva para guardar en algún lado el amor que le tengo. Pero está en la penumbra, en los andenes, en el silencio de los trenes muertos. El señor Hidalgo, escrupulosamente, recupera de a poco su cabeza de huevo, su peinado. Las Pecosas, que verán a Dios, me miran como animales asustados, atentas al ruido del camión, tan peligroso como el de las crecientes. El señor Hidalgo, una vez recompuesto, me dedica una fuerte mirada acusadora diciéndome que soy el culpable directo de la muerte de su maravillosa tarta. Tununa, para salvarme de estos reproches, apaga la luz de la sala.

Está bien, les digo, ni ustedes van a poder liberarse de mí ni yo de ustedes: dejemos tranquilo por ahora al camión triturador; de alguna manera tendremos que seguir viviendo juntos; estamos otra vez en el jardín amurallado oyendo que allá afuera pasa la cabalgata que nunca regresará porque está fuera del tiempo, y pronto ni siquiera será recuerdo; nos queda la posibilidad de esperar, aunque no sepamos concretamente qué; porque ese *qué* no existe ni ha existido; entonces, o nos ahogamos o esperamos; estamos en la atmósfera; el tiempo donde nos encontramos nunca terminará: aunque muriéramos todos ahora mismo en el camión triturador, nos quedaríamos; porque de aquí no se sale nunca; siempre daremos vueltas, les digo; les diría, finalmente no les digo nada. Entonces abro la ventana: la noche apenas ha empezado en Madrid, y aunque llueve hay un tremendo silencio en todos sus confines.

